


Juan Bernier y Dinos Jristianópulos: literatura confesional entre el pecado y la redención

Antonio Santos Morillo
Universidad de Sevilla  

<https://dx.doi.org/10.5209/eslg.101028>

Recibido: 18/02/2025 • Aceptado: 20/05/2025

ES Resumen. A pesar de las circunstancias que separan a ambos autores, las obras del español Juan Bernier y del griego Dinos Jristianópulos comparten varios aspectos que trato de destacar aquí. Son ejemplos de literatura confesional con la que sus autores —ambos homosexuales y creyentes— tratan de superar la contradicción que deriva del choque entre su sexualidad y las circunstancias adversas que la rodean. Un enfrentamiento sin el que no es posible entender sus respectivas creaciones literarias. Tras la lectura de las obras completas de Bernier (su *Diario* principalmente) y Jristianópulos (su poesía), las comparo y establezco afinidades y diferencias entre ellas y la vida de los autores. Señalo el carácter confesional de las obras y subrayo las diferencias y semejanzas en cada caso respecto a unas mismas cuestiones: la homosexualidad, el sexo y el amor, la religión y la moral, así como el encaje en la sociedad y el compromiso político-social del escritor. Aunque ambas obras responden al mismo deseo de confesar una intimidad censurada por la moral de raíz cristiana que rige las sociedades en las que transcurre la vida de los dos poetas, los resultados difieren: para Bernier, supone un desahogo y un consuelo; para Jristianópulos, una redención. Ambos recurren a la confesión para librarse del pecado y superar la dualidad vicio-virtud que atormenta sus vidas.

Palabras clave. Bernier, Jristianópulos, literatura confesional, literatura comparada, homosexualidad.

ENG Juan Bernier and Dinos Jristianópulos: Confessional Literature between Sin and Redemption

ENG Abstract. Despite the circumstances that separate both authors, the works of the Spanish author Juan Bernier and the Greek poet Dinos Jristianópulos share several aspects that are highlighted here. They are examples of confessional literature with which their authors —both homosexuals and believers— try to overcome the contradiction that arises from the clash between their sexuality and the adverse circumstances that surround it. This leads to a confrontation without which it is not possible to understand their respective literary creations. After reading the complete works of Bernier (mainly his *Diary*) and Jristianópulos (his poetic work), I compare them and establish affinities and differences between them and the lives of the authors. I point out the confessional nature of the works and highlight the differences and similarities in each case regarding the same issues: homosexuality, sex and love, religion and morality, as well as inclusion in society and the political-social commitment of the writer. Although both works respond to the same desire to confess a privacy censored by the Christian-rooted morality that governs the societies in which the two poets live, the results differ: for Bernier, it is a relief and a consolation; for Jristianópulos, a redemption. Both resort to confession to free themselves from sin and to overcome the vice-virtue duality that torment their lives.

Keywords. Bernier, Jristianópulos, confessional literature, comparative literature, homosexuality.

Sumario. 1. Introducción. 2. Juan Bernier y Dinos Jristianópulos. 2.1. Bernier. 2.2. Jristianópulos. 3. Literatura confesional. 3.1. Bernier. 3.2. Jristianópulos. 4. Homosexualidad y compromiso. 4.1. Bernier. 4.2. Jristianópulos. 5. Sexo y amor. 5.1. Bernier. 5.2. Jristianópulos. 6. Religión. 6.1. Bernier. 6.2. Jristianópulos. 7. Conclusiones. 8. Referencias citadas.

Cómo citar: Santos Morillo, A. (2025). Juan Bernier y Dinos Jristianópulos: literatura confesional entre el pecado y la redención, en *Estudios LGBTIQ+ Comunicación y Cultura*, 5(1), pp. 109-119.

1. Introducción

El objetivo de este trabajo es el de comparar el *Diario* de Juan Bernier con la obra poética de Dinos Jristianópulos. El interés radica en que, a pesar de que mutuamente se desconocieran, ignoraran la obra del otro y vivieran en circunstancias histórico-sociales y países distintos, guardan cierta relación por ser ambos cristianos (católico, el primero; ortodoxo, el segundo), por sufrir represión debido a sus inclinaciones homosexuales y por utilizar la literatura como autoayuda, autoconocimiento y medio para superar las contradicciones derivadas del choque entre su libido y una realidad adversa. Se trata de dos obras de carácter confesional en las que cada creador manifiesta su propio punto de vista acerca de unas mismas cuestiones: la homosexualidad, el sexo y el amor, la religión y la moral, así como el encaje en la sociedad y el compromiso político-social del escritor.

A partir de una atenta lectura del *Diario* y, en menor medida, de la poesía de Juan Bernier, así como de *Maneras de demorar la noche*, título bajo el que Manuel González ha traducido la producción poética de Dinos Jristianópulos, se comparan ambas obras destacando el carácter confesional que comparten como testimonios de dos maneras de concebir la homosexualidad. Se atiende preferentemente a las diferencias y semejanzas entre estos creadores con respecto a dicha temática, vinculándolos con los contextos de cada uno y estudiando aspectos de sus vidas que tuvieron un reflejo en sus obras: cómo se enfrentaron a la homofobia, relaciones con la religión que profesaron, compromiso político o militancia a favor de los derechos de las personas LGBTIQ+ o el sexo y el amor.

Secundariamente, se confrontan las actitudes de estos escritores con las que se hallan en las obras de otros autores contemporáneos, también homosexuales, que trataron estos mismos temas, principalmente Gide y Genet.

2. Juan Bernier y Dinos Jristianópulos

2.1. Bernier

Juan Bernier (1911- 1989) nació en La Carlota, municipio cordobés donde transcurrió su infancia hasta que, en 1920, se trasladó con su familia a Córdoba. Allí realizó sus estudios de bachillerato y, en Sevilla y Granada, los universitarios de derecho y magisterio.

Tanto su vida estudiantil como la profesional y literaria se vieron interrumpidas por la Guerra Civil. Según él mismo confiesa, el azar lo empujó a combatir en el bando nacional a pesar de sus simpatías republicanas. De hecho, tras la contienda, sería expedientado y, consecuencia de ello, perdería la plaza de maestro, que obtuvo en Córdoba en 1935, y se le asignaría otra en Puente Genil. A este pueblo llegó en 1939, después de terminar el servicio militar en Melilla donde liberó plenamente su homosexualidad.

Todas estas experiencias y las que siguen hasta 1947 –fecha en que se publica el primer número de la revista «Cántico», que funda y dirige y que da nombre al grupo literario cordobés– son las que recoge en su *Diario*, obra que participa de dos subgéneros narrativos confidenciales: las memorias de infancia y el diario íntimo de juventud. Es a partir de dicho año cuando vuelca su espíritu creativo y sus inquietudes literarias, así como históricas y arqueológicas (su verdadero *hobby*), en distintos libros y revistas, convirtiéndose en un referente de la vida intelectual cordobesa.

Aunque fundador del grupo Cántico, la obra literaria de Bernier se desvía un poco de la que caracteriza a los demás miembros (esteticista, hedonista, optimista, evasiva) y la acerca a la línea existencialista o desarraigada, e incluso a la social, que se desarrolló en la posguerra y que pasa por ser totalmente opuesta a la de Cántico. En palabras de García Florindo (2024): «Es la comparecencia clara de la historia lo que mejor identifica la poesía de Bernier y la distingue, en este sentido, del resto del grupo cordobés» (p. 78).

Se trata de una obra testimonial en la que, además de intentar escapar de la opresiva sociedad cordobesa de posguerra, le sirve para denunciar las injusticias en ese momento histórico y reflexionar sobre ellas para expresar sus preocupaciones existenciales (filosóficas, religiosas) y para conocerse a sí mismo. Una obra que huye de la fantasía y busca la verdad, la sinceridad, la naturalidad tanto en lo íntimo como en lo social. Esta oposición fantasía / realidad refleja otras tensiones presentes en el *Diario*: principalmente, entre Dios y el hombre, entre lo ascensional y lo inferior, entre el amor humano y el pecado, entre la vida y la muerte (García Florindo, 2024, pp. 94-97).

Es sobre todo en el *Diario* donde Bernier se decanta –sin tapujos, pero cuidándose mucho de revelarla públicamente en un entorno tan hostil– por la verdad de una vida íntima y una sexualidad que sabe condenadas por la moral nacional-católica del régimen franquista. Supone, por otro lado, una rebelión contra esa moral que le prohíbe satisfacer un deseo sexual y le obliga a esconderlo a pesar de que –según piensa– tiene su origen en la misma naturaleza.

2.2. Jristianópulos

A diferencia de la de Juan Bernier, la infancia y la adolescencia de quien fue miembro de la Segunda Generación de Posguerra griega, Konstandinos Dimitriadis –verdadero nombre de Dinos Jristianópulos– (1931-2020), resultó bastante desdichada. Entre los hechos que marcaron su biografía y su obra caben destacar la II Guerra Mundial, la ocupación alemana y la guerra civil (1946-1949).

Nacido en Tesalónica, era hijo de una familia de refugiados de Asia Menor que llegó a la ciudad griega en el intercambio de población tras la guerra greco-turca (1919-1922). De sus progenitores, cabría recalcar la importancia de la madre, mujer de carácter fuerte con la que mantuvo, a lo largo de su vida, una relación de

amor-odio. Con ella compartió una experiencia terrible durante la invasión alemana de 1942 que, por lo significativa, merece destacarse: vencidos por el hambre, decidieron dejarse morir en el camino del carromato municipal que recogía los cadáveres de los muertos por inanición. Una especie de suicidio del que los salvó la intervención de una vecina tras reconocerlos.

Mientras estudiaba la secundaria, solventaría el problema del hambre gracias a una organización cristiana llamada «Vida» que, en su escuela de catequesis, ayudaba a niños de familias pobres. Para su educación –estudió filología clásica entre 1949 y 1954– contaría asimismo con ayuda; en este caso, la de un tío que, sin embargo, se la retiró a raíz de la publicación de su primer poemario, *Época de vacas flacas* (1950), que también dio lugar a que fuera expulsado de «Vida» a la que estaba afiliado. Esta institución religiosa fue esencial en su trayectoria vital; incluso su seudónimo literario, *Jristianópulos*, («niño/joven cristiano» en griego –González, 2023, p. 10–) lo extrajo del himno de la escuela catequética. La profunda fe que le inculcaron en ella chocaría con sus inclinaciones sexuales; una oposición que trataría angustiosamente de armonizar según dejó constancia en su obra.

Esa lucha interior entre la carne y el espíritu ya la recoge en las composiciones de *Época de vacas flacas*, en las que acusa cierta influencia de Cavafis, principalmente y como él mismo confiesa, la «audacia de la confesión» (González, 2024, p. 13); pero poco más, pues las diferencias de clase social y de estilo son muy marcadas entre ellos: el origen altoburgués así como la poesía sensual y hedonista de Cavafis distan mucho de la extracción y de la poesía agónica de Jristianópulos. De hecho, esta influencia desaparecerá a partir de su siguiente libro: *Rodillas de extraños* (1954), en el que se decanta abiertamente por un estilo directo, austero, realista y confesional. Una senda que ya no abandonará en sus poemarios futuros (*Anhelos desvalidos*, *El estrábico*, *El cuerpo y la carcoma*, *Plaza muerta*, *La herida más profunda* y *Extraño, dónde encuentra el coraje para florecer*) y donde combina la confidencia de sus experiencias y sus gustos sexuales con el sufrimiento, la desesperación y el martirio que le provoca su conciencia pecadora. Pero esta temática erótico-religiosa no será la única, pues Jristianópulos, debido a sus orígenes humildes y a sus contactos frecuentes con la pobreza y la marginalidad, fue un escritor comprometido como dejan ver sus poemas de crítica social y política.

3. Literatura confesional

3.1. Bernier

Lo primero a tener en cuenta en el *Diario. 1937-1947* de Bernier es que nació con la intención de recoger, de manera fehaciente y desde la subjetividad y desnudez que se imponen en estos escritos, reflexiones, sentimientos y experiencias que su autor vivió durante 29 años: de la niñez recordada (1918 –7 años–) a su juventud y madurez presente (1947 –36 años–), y que no podía compartir con sus paisanos; ni siquiera con los amigos. Su literaturización fue paralela, pero más un complemento que el poeta fue puliendo hasta sus últimos días; de hecho, pocos antes de su muerte, declaró que estaba corrigiéndolo.

Digo que la intención de hacer del *Diario* una obra literaria es adicional porque, además de recopilar reflexiones, sentimientos y experiencias, lo que Bernier perseguía era investigar y esclarecer su excepcionalidad sexual, afirmarla, dignificarla y, consecuentemente, aliviar las inquietudes que le provocaba. La redacción de esta obra le sirvió para comprenderse, entender su *diferencia* y evitar caer en la locura derivada del choque entre la moral imperante y su sexualidad. La escritura lo salva de la intolerancia y de la soledad; lo conforta ante la desdicha que resulta del conflicto. Es su confesonario, el ámbito donde expresar con franqueza todo lo que siente, piensa o experimenta; sobre todo, en el plano sexual. Ramos (2018, p. 132 y 2024) atribuye tal sinceridad a la influencia de André Gide, quien expone sus vivencias sexuales sin reservas. El escritor francés será el más citado en el *Diario* dadas las afinidades espirituales, literarias y vitales que lo unían a Bernier; supuso para este el referente más importante en la investigación acerca de su singularidad y cómo se la representaba en los ámbitos literario, científico y moral (Bernier Blanco, 2016, pp. 93, 99).

Necesita, pues, amigos a quienes confesar su mundo interior y sus pulsiones sexuales: «La amistad misma no empieza sino cuando los secretos van entregándose mutuamente, de tal manera que la compañía no es sino mutuo conocimiento» (p. 166). Los que tiene no responden a ese ideal, pues la prudencia a la que obligan la moral de la época y la dura represión del régimen nacional-católico impide la confidencia. El propio poeta es consciente de esa imposibilidad; de hecho, declara que el instinto de conservación le ha impedido arrojarse «en el precipicio de las confidencias» (p. 159). Por otra parte, si él mismo, según confiesa en el *Diario*, rehúye «el trato con los marcados» (p. 380) –los homosexuales reconocidos– ¿cómo pretender que esos que creen ser sus amigos lo acepten como realmente es?

Asimismo, cree imprescindible conservar la honra, ese concepto español que le preocupa tanto y que depende de los demás: si la buena consideración hacia alguien se hundía, las autoridades podían actuar y arruinar su vida.

Por ello, la discreción se impone incluso con quienes se sabe de idéntica tendencia sexual, como otros miembros del grupo Cántico. Así, en 1940, anota el primer acercamiento a Pablo García Baena con el que ensaya una mínima intimidad que este último confunde con amor (pp. 219-224). Con Ricardo Molina había compartido amistad desde mucho antes, pues fueron compañeros de instituto, se cartearon durante la guerra y se reencontraron en Puente Genil –de donde era Molina y adonde fue desterrado Bernier tras la contienda y la finalización de su servicio militar–, pero su confianza, con ser amplia, no llegaba a todo lo íntima que Bernier hubiera deseado, como demuestra esta entrada de 1942: «Molina ha descubierto el sabor misterioso y perverso de los jardines en la sombra guiado por mí» (p. 333). Sin embargo, unos meses después de que anotara esto, escribe: «¡Y qué ansia de poder hablar claro y comunicar mis pensamientos a Ricardo!» (p. 389).

Julio Aumente, por último, también empieza a aparecer a partir de 1942, pero, como en los casos anteriores, tampoco establece con él una apertura total, al menos todavía.

Resulta significativo que sea en 1947 cuando se registran las últimas entradas en el *Diario*, año en que aparece el primer número de *Cántico*, revista que da nombre al grupo compuesto por Bernier y esos amigos que comparten sensibilidades artísticas y sexuales y que, finalmente, sustituirán como confidentes al diario. Excepto Mario López, todos los poetas fundadores del grupo (Bernier, Baena, Molina y Aumente) fueron homosexuales, peculiaridad que subraya Luis Antonio de Villena (2007, p. 11), pero que Guillermo Carnero omite en su clásico trabajo sobre *Cántico*. Es, sin embargo, un factor importante de cohesión del grupo, que se refleja en su poesía y que debería tenerse en cuenta. Ignoro si esta omisión es fruto de una mal entendida idea de respeto hacia los poetas concernidos o de la hipocresía social que sigue considerando tabú la homosexualidad. Es significativo que, en el caso de Jristianópulos que, a diferencia de Bernier, era abiertamente homosexual en su obra y en su vida pública, el resultado fuera el mismo: durante las dos últimas décadas del siglo pasado, aunque a menudo lo invitaban a impartir conferencias y participar en foros literarios, siempre se soslayaba su condición sexual (González, 2023, p. 30).

Aparte de ellos, los únicos en quienes vislumbra un posible acercamiento más reservado son dos muchachos. Al primero, de 16 años, lo conoce en Puente Genil en 1939; se siente próximo a él —a pesar del afeminamiento que Bernier detesta— por su compartida diferencia frente al mundo adverso que los rodea. El otro es un púber sevillano de 14 años —Juan Antonio— que encuentra en un parque en julio de 1940 y en cuya personalidad descubre ciertas afinidades que le permiten descubrirse; así, lo cita Bernier para el día siguiente tras mantener relaciones sexuales y conversar brevemente: «No se te olvide de acudir. Quiero charlar contigo. Hablar en serio de todas estas cosas. Eres el primero con quien puedo hablar sincera, íntimamente» (p. 183).

El hecho de tener que recurrir a la escritura por carecer de compañeros a quienes revelar su particularidad muestra la soledad que experimentó a lo largo de su vida; principalmente, durante los años de composición del *Diario*. Pero no es una soledad completamente triste e involuntaria, pues varias veces manifiesta su positiva aceptación e incluso su búsqueda por lo que supone de libertad y autocomprensión.

3.2. Jristianópulos

En el caso de Jristianópulos, aunque su obra poética no sea un diario propiamente dicho, guarda estrecha relación con este subgénero narrativo por su carácter confidencial y liberador. Él mismo relaciona las composiciones de *Rodillas de extraños* (1952-1957) con un diario: «cada poema es una confesión en voz baja y todos juntos componen algo así como un diario de las pasiones y los padecimientos del mundo erótico» (González, 2023, p. 19); y, en «Cantera devastada», poema de su siguiente libro *Anhelo desvalido* asegura: «Los versos divulgan nuestros secretos, / nos convertimos ya en un diario privado en manos extrañas» (p.113).

Como los textos del *Diario* de Bernier, los versos del griego son confesionales y también le sirven de autayuda. En sus palabras: «Desde muy temprano comprendí (...) que la confesión nos alivia de aquello que nos abruma y que esto mismo es válido en la misma medida (o debería serlo) para la poesía» (González, 2023, p. 20); poesía que surge del «desgarramiento del alma» (p. 228) y, en ocasiones, de la imposibilidad de la posesión gozosa e inmediata del muchacho que lo atrae fatalmente, como ilustra su poema «En la taberna» (p. 224) cuando nos cuenta que, en vez de abalanzarse sobre el joven que lo arrebatara, concibe un poema.

Al igual que el *Diario* para Bernier, la poesía supone para Jristianópulos un medio para satisfacer su deseo de conocerse y aceptar tanto sus contradicciones íntimas como su homosexualidad. Hay, sin embargo, una diferencia entre ambos autores, pues la aceptación de la excepcionalidad sexual se enfrenta en cada caso a obstáculos disímiles: Bernier lucha principalmente contra un enemigo exterior: la moral imperante que él, en parte, asume; mientras que Jristianópulos, que muestra su intimidad públicamente, lo hace contra un enemigo interior que lo perseguirá siempre: su propia fe cristiana. Es cierto que la moral que afronta Bernier es prácticamente la nacionalcatólica tradicional oficializada por el régimen franquista, pero, como veremos, no es la doctrina religiosa lo que más angustia al poeta al contrastarla con sus gustos sexuales, sino la manifestación externa de dicha doctrina, de la que depende su reputación.

En los dos poetas, en mayor o menor medida, se da el supuesto: absoluto en Bernier, pues su *Diario* solo se publica completo póstumamente y las referencias homoeróticas en su poesía son indirectas hasta 1977; y muy relativo en Dinos Jristianópulos, ya que publicó siempre su poesía con este seudónimo. Los dos necesitan superar las pugnas antes mencionadas, pero el español las interioriza, las oculta, mientras que el griego las exterioriza, las exhibe. Ambos, con los remordimientos que les acarrea su conciencia de pecado, se liberan admitiendo su condición homosexual, pero, al confesarlo, buscan también la redención cristiana y la aprobación de su comunidad.

En lo referente a las amistades como refugio del marginado, también Jristianópulos formó parte —junto con Nikos-Alexis Aslánoglu y Yorgos Ioanu— de un grupúsculo cuyos miembros compartían gustos literarios y eróticos. Fueron conocidos como el trío de Diagonal, nombre de la revista fundada por nuestro autor que tuvo una larga vida, —se publicó desde 1958 hasta 1983— y a la que se asoció una editorial homónima. Además, en 1968, editó otra denominada *Tamiz* (González, 2023, pp. 18, 24). Datos que revelan que Jristianópulos gozaba de una vida social y artística considerable, y que contaba con amigos en quienes volcar todas sus inquietudes.

No obstante, también padeció soledad. Pero distinta a la de Bernier, pues no era consecuencia de la represión externa, del ambiente social hostil, sino que nacía, por una parte, de su parafilia: «el amor erótico homosexual experimentado desde el masoquismo, el fetichismo de las botas militares y los uniformes y la carencia sexual conducen a la soledad» (González, 2023, p. 32); parafilia que compartía con Jean Genet

quien, aunque no influyó en nuestro autor –no hablaba francés y *Diario del ladrón* (1949) se tradujo al griego en fecha tan tardía como 1975, cuando Jristianópulos tenía 44 años y bien definido su estilo–, también se muestra masoquista y fetichista: se humilla, se somete a sus amantes y siente atracción por los policías y por el uniforme militar. Y, por otra, nacía asimismo de su insatisfacción al ver frustrado el deseo de plenitud que insistentemente perseguía en los encuentros sexuales. La soledad es también el escenario en que se desenvuelve su pecado; de ahí que identifique ambos conceptos, lo relacione con la noche y se lamente de una insaciabilidad que no remite ni siquiera ante el amor.

Sin embargo, como en Bernier, hay otra soledad que sí estima positiva: la del aislamiento propio de los monasterios que cuadra bien con su espíritu monacal; la del asceta, quien, gracias a ella, puede llevar a cabo el ideal de vida religiosa. De hecho, se autoconsideraba una especie de monje seglar (González, 2023, p. 9), obsesionado por alcanzar las virtudes cristianas y candidato a la eternidad.

Por todo lo dicho, las dos obras se enmarcan en el género literario de la confesión. En ambas, encontramos un relato de la vida del autor o, más concretamente, de episodios entre los que destacan los sexuales. Al ser creyentes y conocedores de que la doctrina cristiana y la moral al uso condenan sus inclinaciones y prácticas sexuales, sus testimonios se relacionan con esa parte del sacramento de la penitencia con la que se obtiene el perdón. En el hecho de confesar, de exponerse humildemente al examen de los otros –de humillarse sacando a la luz sus pecados–, está la esperanza de su salvación.

Si partimos del ensayo que María Zambrano dedicó a este tema (1995), comprobaremos que, en el *Diario* y en *Maneras de demorar la noche*, hay coincidencias con lo que plantea la pensadora: la confesión responde a la necesidad que la vida tiene de expresarse, de revelar sus entrañas y admitir la verdad; principalmente, si la persona ha sido humillada por sentirse abandonada, fuera de un orden, sola y desamparada, olvidada y de espaldas a la realidad. Uno de los elementos que forman la pesadilla de la existencia es la injusticia del mundo, el no ser entendidos por los hombres; así, la comunicación se hace imposible y, como consecuencia, el «diferente» puede sufrir persecución. Como Rousseau, los que confiesan literariamente ofreciendo su alma y casi su cuerpo quieren que, al ser contemplados, sean también comprendidos por todos los que lo malquiesieron. Son «criaturas demasiado llenas de realidad y de realidades en un mundo que les ha inculcado una creencia que no les permite acogerlas» (Zambrano, 1995: 101). Esos fantasmas que, en su soledad, atormentan a escritores y filósofos son liberados gracias a que el arte o el pensamiento les abre sitio en sus vidas.

4. Homosexualidad y compromiso

4.1. Bernier

La experiencia de la Guerra Civil tiene dos consecuencias principales en su vida. Por una parte, a la par que lo impulsa a disfrutar sin límites de lo que la vida le ofrece, le provoca una especie de mutilación en lo referente al sentimiento amoroso. Por otra, despierta en él un ansia de autoafirmación y, consecuentemente, de rectificación y recuperación del tiempo perdido a causa de la represión, ayudándole así a asumir su especificidad sexual.

Terminada la guerra, fue destinado a Melilla para completar su servicio militar; como tantos que participaron en la Guerra Civil, su adscripción a uno u otro bando dependió más del lugar donde se encontraba en el momento del golpe de Estado que de su propia ideología. De hecho, aunque combatió en las filas del ejército sublevado, tuvo que ser rehabilitado como maestro en plena guerra (25 de octubre de 1937). En Melilla, a los 28 años, se liberó al comprobar *in situ* que las relaciones entre hombres y adolescentes eran habituales. Pero, dadas las circunstancias, fue una liberación solo parcial, una aceptación interior –más adelante, manifestada en la intimidad de los amigos homosexuales y, en 1977, pública gracias a las composiciones de *Poesía en seis tiempos*–, pues temía la reprobación de su entorno. Aunque cediera a su homosexualidad y confesara sus encuentros y sus inquietudes en el *Diario*, sus prejuicios de clase y su acatamiento de la moral cristiana le impidieron ver su diferencia como totalmente natural; de ahí su homofobia interiorizada y el desprecio del mundo marginal del que formaba parte. A esto se refiere Ramos (2024) cuando asegura que «no puede evitar reproducir íntima y públicamente los sesgos de clase, identidad, etnicidad y género propios de su origen burgués» (p. 38).

Entre los testimonios del *Diario*, choca no ya la cobardía –hasta cierto punto explicable– cuando no hace ninguna objeción a la expulsión de un alumno suyo afeminado, sino, principalmente, la repulsión que muestra por la figura del mariquita o el homosexual en general. Los ve como anormalidades y participa de la represión en ese rechazo. Asimismo, desdeña a las prostitutas; sobre todo, a las que inician a los muchachos en los placeres sexuales.

En esta hostilidad puede haber celos y envidia, pero también un efecto especular que se revela en el autodesprecio. Hay, a veces, inseguridad moral y una autoconciencia de depravación. El miedo a la soledad, a la intolerancia, al desvelamiento de su *vicio*, despierta en Bernier la conciencia de su actitud degenerada al pervertir a los muchachos que caen en sus redes. Hay momentos incluso en que le ronda la idea del suicidio.

Su homofobia llega al punto de no comprender y hasta repudiar las reuniones clandestinas de homosexuales, de una de las cuales se enteró gracias a un conocido que relata delante de él el descubrimiento de «un club secreto donde se verificaban repugnantes orgías entre parejas del mismo sexo...» (p. 234).

El rechazo de cualquier vínculo con sus afines se relaciona con dos prejuicios que Ramos advierte en Bernier: su conciencia de clase y la sublimación de la efebofilia «como parte de una tradición de raíces helénicas» asentada «en una corriente de aristocracia del espíritu» que André Gide apoya y manifiesta públicamente (2018, pp. 131, 146). El primer prejuicio se detecta nada más empezar la lectura de la obra: «yo era

el señorito» afirma para, a continuación, describir su infancia llena de felicidad y desprovista de estrecheces en La Carlota.

Esta autopercepción social le impide establecer relaciones amistosas con quien considera de estatus inferior; siempre que habla de amigos son de su misma clase. Esto enlaza con el segundo prejuicio, pues asume su homosexualidad, pero dejando clara su distinción: él no es como los maricas a quienes desprecia por considerarlos cínicos, vulgares, degenerados, viciosos, afeminados: «Ellos constituyen la más baja categoría social, incluso por debajo de las propias prostitutas» (p. 218).

En la España de aquella época, la homosexualidad tenía pésima consideración; Gregorio Marañón, por ejemplo, en su prólogo a la traducción española de *Corydon* de André Gide, afirma que la homosexualidad es solo un estadio (particular en cada hombre –coincidente con la adolescencia– y general en la evolución humana) que va desde la animalidad –el instinto– hacia Dios, y asegura que, si estuviera en Castilla, echaría de menos ser inquisidor «para quemar el libro, con la efigie del autor, en el brasero que todo lo purifica» (1971, p. 23). En tales circunstancias, el referente casi exclusivo para cualquier homosexual era la figura del marica, típica del paisanaje popular frente al que los homosexuales que no se reconocían en él adoptaban dos posturas contrarias que, en la lírica española de la primera mitad del XX, encarnan dos poetas del 27: Cernuda y Lorca. Mientras el primero, en el poema «El escándalo» de su libro *Ocnos*, habla benévolutamente de esos «seres misteriosos» aludiendo a su dignidad, su ingenio, su rebelde provocación ante la burla y el morbo de los curiosos viandantes; el segundo, en la «Oda a Walt Whitman» de *Poeta en Nueva York*, incide en los aspectos más negativos que caracterizan al marica: ridículo, mala y grotesca imitación de la mujer, objeto de burlas y de chistes que no merece el menor respeto y que, por su reputación de pervertido y promiscuo, es incapaz de amar y convivir con otro hombre. Propone otro modelo de homosexual, el que representa Whitman: viril, amante de sus compañeros y orgulloso de su homoerotismo. Postura cercana a la de Bernier, pero no totalmente idéntica, pues el desprecio y la condena que este manifiesta sobrepasan el rechazo de Lorca.

Además de viril, Bernier presenta su querencia como noble –sustentada en tradiciones históricas y artísticas– y dirigida hacia la belleza del efebo. Y no entiende cómo los adolescentes a los que persigue prefieren la compañía de degenerados maricas antes que la suya distinguida.

Aunque, en alguna ocasión, Bernier se siente partícipe de la misma depravación de la que acusa a otros, son más los pasajes en los que justifica su efebofilia como algo innato que, además, responde a naturales pulsiones de los chicos a los que, por tanto, él no corrompe:

El niño busca el placer desde que se inicia su mecanismo voluptuoso. Todos se entregan a los placeres solitarios, y desde el punto de vista de lo perverso, toda su lujuria es, enteramente, sin escrúpulos y sin demasiadas precisiones. Va, animalmente, hacia el goce, y acepta, a más del suyo propio, el del amigo o el de quien sea. Y en la pubertad no es raro encontrar buscadores refinados de sensaciones nuevas. Muchos de ellos, niños, me enseñaron cosas desconocidas. Lo que vi tantas veces tan natural, ¿por qué un vicio? (p. 201)

La madurez que atribuye a algunos adolescentes se presenta como evidencia exculpatoria ante la posible acusación de corruptor de menores, pues, así, el inocente es el hombre, no el muchacho, del que en ocasiones se siente incluso un juguete. Es un argumento que choca con el concepto de la antigua pederastia griega que al poeta le sirve de referencia: una de las funciones del hombre (*erastés*) era educar al joven (*erómano*) quien, a cambio, le ofrecía su belleza y su respeto. Así lo concibe André Gide: «¡Pervertir a la juventud! ¡Como si la iniciación a la voluptuosidad fuera, en sí, un acto de perversión! ¡Es, en general, todo lo contrario! (...) Mi influencia sobre los jóvenes que han venido a mí ha sido siempre útil y saludable. (...) Mi papel ha sido siempre moralizador» (Millot, 1996, p. 41).

Pero hay otro razonamiento –de igual o mayor peso que el de la tradición clásica– del que se sirve para explicar su propensión a los contactos íntimos con adolescentes: el de su ansia de pureza. Esa misma pureza identificada con la belleza que canta y añora García Baena y que el niño pierde al ingresar en la realidad (Carnero, 1976, p. 72). Pureza incontaminada que hace que Bernier se incline exclusivamente por mantener relaciones sexuales con chicos de edades comprendidas entre los 13 y los 16 años. No hay en el *Diario* repulsa de la efebofilia; al contrario, Bernier la concibe simplemente como una variante de la homosexualidad ennoblecida por la tradición grecolatina, de la que sentía nostalgia por considerarla como «cultura no represiva y dionisiaca, liberadora de la carne y la sexualidad» (Carnero, 1976, p. 56).

Otro intento de justificar su efebofilia: por estar en transición hacia la virilidad, esos adolescentes no son todavía completamente hombres y, por tanto, la predisposición del poeta hacia ellos es solo una variante de la heteronormatividad que aprueba y a la que parece aspirar. Porque, aunque en un pasaje de 1935 proclame la felicidad de su vida secreta al darse cuenta de que le permite ser «más sensible, más espiritual, más lleno de ideas y de sentimientos», así como sentir y ver aquello para lo que los demás están ciegos (p. 62), son más numerosos los ejemplos en los que se lamenta de ello y ve su particularidad como una condena que lo martiriza e incluso le hace abominar del acto sexual que él mismo consume calificándolo de «réprobo, nefando, secreto y vergonzoso» (p. 410).

4.2. Jristianópulos

La profunda religiosidad de Jristianópulos hace que, como Bernier, repruebe la homosexualidad. Consciente de que es pecado, recurre también a la confesión por medio de su obra y busca una estrategia para redimirse de lo que ambos consideran perversión. Si Bernier utiliza argumentos de pureza para justificar su efebofilia, Jristianópulos concibe su masoquismo como penitencia que le facilitará la redención e incluso la beati-

tud. El dolor y la humillación que experimenta en sus encuentros sexuales son placenteros por liberadores; suponen expiación y, consecuentemente, purificación. Podemos hacer incluso una lectura ascética de sus experiencias: el poeta se vale de prácticas masoquistas para recorrer la vía purgativa del proceso espiritual que busca la perfección cristiana; a este respecto, Millot (1996, pp. 90-91) asegura que anacoretas, místicos y santos enseñan que el camino de la beatitud pasa por el de la abyección, el desprecio y la mortificación, y Koestenbaum (2014) añade que la humillación «es un horno a través del cual pasa el alma humana, donde es pulida, cristalizada y endurecida» (p. 103). De ahí que no extrañe la identificación dolor = placer; así lo expresa el poeta en «Cuanto más me lastimas»: «siento tal dolor, que hallo contento. / Muchacho cruel, cuanto más me lastimas, / mayor alegría me procuras; / (...) / mi corazón (...) sabe / contentarse solo en el sufrimiento» (p. 148).

La diferencia más notoria entre ellos es que, en la obra del tesalonicense no se da la autocensura: no hay que interpretar, pues expone abiertamente sus gustos sexuales, algo que Bernier solo hace en su *Diario* –inédito la mayor parte hasta 2011– y a partir de la publicación de *Poesía en seis tiempos* (1977).

Coinciden en la consideración de la homosexualidad como depravación deplorable y antinatural; también en la denuncia del mundo clandestino y sórdido, al margen de la sociedad, al que se ven arrojados. Pero discrepan en dos aspectos: Jristianópulos –quizás por admitir con menos prejuicios su homosexualidad– no intenta, como Bernier, corregirla; Bernier, más allá de unas tímidas reclamaciones de naturalidad, inocencia y consideración principalmente hacia sí mismo («¿Qué lejos hoy de Grecia! Se ha convertido en crimen lo que no es sino diferencia» –p. 216–), no defiende la dignidad de las relaciones homosexuales ni aboga por el respeto debido como hace Jristianópulos. No obstante, la idea que aparece al final del poema «Perseguidos» del poeta griego: «Como a los de izquierda os amo, hermanos míos, / aunque ellos también nos persigan» (p. 154), coincide con un episodio que Bernier recalca en su *Diario* (pp. 437-439): unos amigos izquierdistas, en 1944, se alegran de los «avances rusos y de cada golpe que recibe Alemania», pero utilizan palabras de «desprecio, asco y hasta odio» al hablar de la homosexualidad (perversión que achacan a la derecha) de unos paisanos que han protagonizado un escándalo público y para los que proponen medidas atroces.

Aunque para Jristianópulos la homosexualidad sea también pecado y desdeñe el mundo marginal y obscuro en el que tiene que moverse, no manifiesta la aversión de Bernier por los maricas. No llega a reivindicar el derecho a una sexualidad abiertamente fuera de las normas como, según Millot (1996, p. 20), hizo Gide, pero defiende al colectivo. En esta militancia influye su cuna humilde y su compromiso social y político; en él, no se hallará el prejuicio de clase que le permitía al carloteño mirar por encima del hombro a maricas y proletarios que le hacían la competencia en sus correrías. El clasismo en Bernier –tan presente en su *Diario*– le presiona para que se someta a la moral predominante y lo proclame con su actitud o verbalmente: «No quiero turbar los valores morales establecidos, buscando cambiar lo que se llama blanco por lo que se llama negro» (p. 256). Por su parte, Jristianópulos, que rechaza la hipocresía social que lo envuelve, sí entra en conflicto con la moral al uso. Entiende el sexo como instinto que hay que atender necesariamente, aunque se caiga en la inmoralidad.

Lo dicho sobre el compromiso de Jristianópulos a favor de los homosexuales no obsta, sin embargo, para que, en *Plaza muerta: Poemas en prosa* (1984), exprese su pesar por la desaparición del mundo oscuro donde el poeta experimentó sus vivencias eróticas cuando era joven; pesar debido quizás a la pérdida tanto de esa etapa juvenil como del placer que provoca la transgresión. La modernización y el desarrollo económico de finales del siglo XX favorecen la emancipación de la mujer y del colectivo LGBTIQ+, lo que provoca un replanteamiento de las relaciones sexuales en todos los sentidos y una liberación que acaba con la sordidez y la clandestinidad obligadas hasta entonces.

5. Sexo y amor

5.1. Bernier

En 1939, finalizada su milicia en Melilla, Bernier cambió la contemplación de la belleza de los efebos por su posesión, y la amargura ante lo inalcanzable de un deseo acuciante, por la búsqueda activa de satisfacciones que, supuestamente, lo colmarían.

Digo «supuestamente» porque la otra consecuencia de la guerra supondrá un obstáculo a la conquista de tal fin. Es cierto que la experiencia terrible de la contienda tiene en él un efecto positivo al ayudarlo a autoafirmarse frente a una sociedad fuertemente represora; pero, asimismo, parece que le mutila una parte del alma: «El sentimentalismo ha muerto» titula una de las entradas del *Diario* (p. 157) recién terminada la confrontación civil. Esta pérdida encaja con su predilección –manifiesta en su artículo «La antifantasia poética y Cernuda» (García Florindo, 2024, pp. 301-303)– por la realidad y la verdad de la prosa frente a la fantasía y el sentimentalismo de la poesía y explicaría la búsqueda obsesiva del placer. En unas declaraciones que guardan relación con este asunto y que recoge Millot (1996), Jean Genet manifestaba que, para el homosexual «el sentimiento no es más que tontería y engaño; solo existe el placer» (p. 119). Afirmación que se enmarcaría en su actitud provocadora contraria a la moral vigente y que desmienten las –pocas– ocasiones en que habla de ternura en su *Diario del ladrón* (1983, pp. 140-141) y las relaciones con algunos muchachos más allá de las sexuales.

La enumeración de encuentros esporádicos con adolescentes de los que se sirve para atenuar la insatisfacción permanente del deseo no hace más que subrayar su incapacidad de alcanzar una plenitud imposible. Es un depredador sexual que ni siquiera hace ascos a niñas o mujeres y que hasta persigue a las parejas para sorprenderlas como *voyeur* o bien para quedarse con uno de los componentes. Encuentros que nada signifi-

fican más allá de la calma momentánea de una pulsión que deviene en obsesión y que le impide disfrutar del amor al ceñirlos exclusivamente a la lascivia. En sus aventuras, no cabe el sentimiento amoroso: «Esa otra cosa que se llama amor nada tiene que ver con nuestros besos» (p. 408) declara al comentar las experiencias sexuales que a veces comparte con un chico.

Así, vemos cómo rechaza la posibilidad de establecer una relación más íntima con García Baena porque, cuando lo trata personalmente (antes había admirado su belleza de adolescente), ha cumplido 17 años y ya está fuera de sus estrictos gustos efébicos. Esta autolimitación impide la historia de amor entre dos jóvenes (29 y 17 años) que tantas afinidades estéticas, espirituales e intelectuales compartían; amor al que García Baena estaba dispuesto como corrobora su poema «Tentación en el aire» (1998, pp. 74-76) y que choca con la frialdad y el escepticismo de Bernier.

Tan solo hay un asomo de pasión cuando, en 1945, apunta en el *Diario* (pp. 403-404) su predilección por un chico llamado Michel que lo vuelve loco y por el que casi pierde el autodomínio. Aparte de este episodio, sus aventuras y sus mismas palabras insisten en ese rasgo: la incapacidad de amar y la imposibilidad absoluta de establecer contactos más íntimos.

5.2. Jristianópulos

La fe en el amor es otra peculiaridad que distingue al poeta griego del español. Jristianópulos sí cree en el poder del amor para satisfacer sus ansias de plenitud y pureza: «esta búsqueda de un amor verdadero no me abandonó jamás. Entre tanto trapicheo, deseaba siempre encontrar una relación que pudiera convertirse en un amor verdadero y consiguiera purificarme» (González, 2023, p. 36). Lo corrobora al contestar «Busco un cobijo para mi corazón» a la pregunta de «Qué busco» (p. 119). En varias ocasiones, consiguió esa felicidad sin culpa: «Ya no tengo derecho a lamentarme, / ahora que estoy ahito de pan y amor» (p. 135); «Stavrúpoli me regaló no uno, sino cuatro grandes amores consecutivos» (González, 2023, p. 36). Este nombre, Stavrúpoli, hace referencia al barrio obrero de Tesalónica adonde solía ir a buscar compañero. Como Genet, mitifica sus hábitos sexuales y los lugares donde se desarrollan, aunque con motivaciones distintas: Genet, como prácticas y escenarios de la contramoral burguesa a la que aspira; Jristianópulos como prácticas y escenarios de su sacrificio, su penitencia. Genet, además, participa de ese mundo marginal que reivindica (se prostituye, roba, mendiga, engaña...) mientras que Jristianópulos y Bernier, solo van para satisfacer su libido. La oscuridad, el secretismo, la sordidez de las zonas de *cruising* eran idénticos, pues la misma marginación era la que imponía que así fuera en cualquier país.

Pero, aunque persiga el afecto: «mi cuerpo / no se sacia solo con comida / quiere también caricias» (p. 171), confiesa asimismo que «No me siento apto para la ternura» (p. 124) y, en un poema manifiestamente masoquista, dice a su *partenaire* que su corazón «tiembla por miedo de pensar que un día / te vuelvas más tierno» (p. 148). De hecho, cuando alcanza lo que tanto parece desear, su autoconciencia de pecador y su ansia por hacerse perdonar le obstaculizan la conquista de la felicidad.

Sabe, además, que el amor y la ternura son lazos que unen con más firmeza que el sexo: «El beso / une mucho más / que el cuerpo / por eso los más / lo rehúyen» (pp. 161-162). Y entre estos últimos se encuentran nuestros dos poetas: principalmente, Bernier por la autorrepresión, pero también Jristianópulos por el peso excesivo de los mandamientos cristianos y, ambos, por la flaqueza que acusan ante el ocasional sexo clandestino.

Aun teniendo en cuenta su regocijo por formar parte «de la secreta religión de los pisoteados» (p. 204), el erotismo que predomina en los versos de Jristianópulos es desolado, triste, sórdido. En este sentido, él mismo se describe como desdichado: «Yo soy poeta de la angustia erótica. Los temas que obvia Cavafis son los que a mí me azusan: la insatisfacción, el abuso, la humillación, la perversidad, la aniquilación, el remordimiento, la culpa, el hastío, la desesperanza (...) la carencia, que alimenta en secreto la esperanza y el deseo, y sobre todo está el anhelo de ser correspondido, que procura transformar en gozo la calamidad» (González, 2023, p. 41).

6. Religión

6.1. Bernier

Fue en 1939, tras la experiencia terrible de la guerra y coincidiendo con su liberación sexual en Melilla, cuando Bernier se alivió en cierta medida de la carga que suponía la religión. A pesar de este atrevimiento –en el ámbito privado; imposible de otro modo si quería conservar su integridad moral y física– y en consonancia con el respeto a la moral tradicional que la conciencia de clase le imponía, en el *Diario* predominan las manifestaciones religiosas al uso: va a misa, se confiesa, cumple con los ritos establecidos y se identifica con el alma cristiana. El *Evangelio*, como fuente de belleza, espiritualidad y consuelo, es, además, una de las referencias más recurrentes en su obra (Bernier Blanco, 2016, p. 107). Actitud que responde a la fe auténtica que profesa y le sirve para fomentar también una hipocresía imprescindible en el ambiente que lo envuelve y que llena de sospechas a quien contraviene las normas. No supone, además, ningún obstáculo relevante para sus prácticas sexuales. Años más tarde, en 1979 y en «Kábila. Revista de poesía», declarará su agnosticismo (García Florindo, 2024, p. 289), una postura que empezó a gestarse en las dudas ya presentes en el *Diario* que, a pesar de lo dicho, salpicaron su fe a raíz de dolorosas y traumáticas vivencias. Al agnosticismo contribuiría el paganismo estético característico del grupo y que, en la obra de Bernier, va más allá, pues expresa «el deseo o ansia de un paganismo que permita la libertad del sujeto (desde lo espiritual a lo sexual) y que se oponga a la reclusión de la moral judeocristiana» (García Florindo, 2024, p. 86).

Sobre el tema religioso en el grupo Cántico en general, debemos aclarar una cuestión: tanto Carnero (1976, p. 41 y 2009, p. 53) como Villena (2007, p. 14) consideraron prescindible y ornamental gran parte de su poesía religiosa. Villena, sin embargo, se da cuenta más tarde de la equivocación y asegura que «esa religión era real, aunque nos pareciera hecho un tanto insólito al principio, precisamente por la real vivencia del homosexualismo en casi todos» (2007, p. 15). En el sur de España, la incompatibilidad entre la devoción y la autoaceptación de la homosexualidad –que la Iglesia considera pecado mortal, pero cuyos actos perdona gracias a la confesión– no es del todo estricta: en Andalucía, mucho del protagonismo en las manifestaciones religiosas ha recaído siempre en homosexuales muy practicantes que, no por ello, han renunciado a la concupiscencia ni han visto contradicción alguna entre los mandamientos de la Iglesia y los del instinto. Muestra de ello es el poema «Permitid, Señor» que Bernier incluye en «Tiempo de deseo», una de las partes de *Poesía en seis tiempos*: suplica a Jesucristo, en una oración desbordante de paganismo sensual, que permita «un poco de lujuria en este mundo». Esa religiosidad en la que se mezclan elementos paganos con católicos no es solo ornamental: es verdadera muestra de fe y la comparten los poetas de Cántico con sus paisanos.

Donde mejor y más ampliamente expone Bernier su fe es en la poesía. En su primer poemario, *Aquí en la tierra* (1948), nos encontramos con «Interrogación», composición de carácter existencialista, en línea con la corriente desarraigada de la poesía de los años 40, pues expresa su angustia interior ante la duda, el sinsentido de la vida o la expulsión del mundo, y ve en Dios o Jesucristo la única esperanza.

En *Una voz cualquiera* (1959), son varios los poemas donde trata el tema religioso. Continúa verbalizando su angustia existencial, pero se centra en la idea del pecado: pide a Jesús, misericordioso y todopoderoso (aunque, en cierto modo, culpable de sembrarlos en su interior), que lo ayude a librarse de los que comete; solicita su ayuda aun consciente de la gravedad de sus faltas.

En *Poesía en seis tiempos* (1977) –donde recopila y actualiza su obra lírica–, dedica a Dios uno de los tiempos del título, pero, en línea con su agnosticismo, su concepción de la fe ha cambiado: asegura que es el hombre quien crea a Dios, y no al revés, porque lo necesita para que le ayude a vivir; un Dios que está en el interior de cada creyente y al que puede acceder gracias al rezo. Critica a la Iglesia oficial, un poder terrenal más que no se ocupa de la salud espiritual y de las necesidades de los fieles, que debería seguir el auténtico mensaje de Cristo (Bernier, 2011b, pp. 177-183).

En el *Diario*, su concepción del vicio y la virtud, aunque tergiversada y adaptada a su circunstancia personal, parte de la que defiende la doctrina católica. De ahí que tache de viciosos a las prostitutas y a los homosexuales que se entregan a los placeres lascivos y busque la pureza de los adolescentes como interpretación libre de la inclinación a la virtud que promueve tal doctrina. En relación con esto último, el poeta manifiesta que «Ciertamente, desde pequeño y, casi como mandato de su propia educación religiosa, había tenido este ansia de purificación» (p. 56); ansia que, parcialmente, el contacto con los muchachos parecía satisfacer. Al suponer un medio para alcanzar la pureza o, al menos, compartirla por vía del contacto con quien la posee por edad, el poeta eleva la efebofilia a un grado superior sobre lo que considera el auténtico pecado que es la homosexualidad. En su afán por apoderarse de la virtud adolescente, sin embargo, el hombre puede corromperla:

Solo el amor hacia esos seres incontaminados tiene para mí un atractivo. Los hombres que los buscamos no podemos, sin embargo, considerar ni bello ni puro un amor en que uno de los participantes, acaso yo mismo, somos la fealdad, la impureza, algo así como un ogro que acaricia, en un acto bestial y ridículo, una ingenuidad, una desnudez, una pureza perfecta, que se nos entrega (pp. 365-366)

6.2. Jristianópulos

Esta adaptación de la doctrina cristiana a los propios intereses sexuales también la encontramos en Jristianópulos, hombre muy creyente que proclama su fe hasta en el seudónimo con que publica que, como he indicado, está extraído de un himno de la escuela de catequesis a la que el poeta asistió en su niñez, que se traduce como «niño/joven cristiano».

Ya en los poemas inaugurales de *Época de vacas flacas* (1950-1951) se advierte el gusto por los temas religiosos: se sirve de santos y personajes bíblicos para ilustrar la idea de que todos somos pecadores y, como el propio poeta, susceptibles de sucumbir a la llamada del sexo.

El poema «Sagrada cena» de su siguiente libro *Rodillas de extraños* (1952-1957) hace de puente entre el tratamiento del tema religioso del anterior y lo que será ese mismo tema a partir de ahora. El pasaje del lavatorio en el que Jesús se digna lavar los pies de sus apóstoles se convierte en una escena fetichista protagonizada por el poeta y su amante: «Nunca deseé otra cosa / que lavar tus pies cansados. / (...) / Te quitaré con devoción tus botas militares / (...) / (...) y me agacharé / para servirte humildemente.» (p. 101).

Si Bernier se purifica al contacto de la carne virginal de los adolescentes, Jristianópulos lo hace, como los mártires, imitando a Cristo, identificando la humillación y la pasión de Jesús con las propias y con su entrega al dolor que busca que le inflijan sus parejas.

El poema «Nocturna voluptuosidad» (p. 102), del mismo libro, es otro ejemplo de interpretación particular de una experiencia religiosa como es el misticismo. Por primera vez en su obra, aparece la identificación entre una escena masoquista y el proceso de la ascesis: el lenguaje figurado de carácter erótico que utilizan ascetas y místicos para expresar sus intensas vivencias espirituales se vuelve literal, pues describe una experiencia sexual auténtica –aunque soñada en este caso– por medio de la cual intenta alcanzar el éxtasis místico: el maltrato, la violencia, la vejación limpian el espíritu, lo purifican –vía purgativa–; libre ya del cuerpo,

«en mi total aniquilación», su alma experimenta el esplendor sobrenatural de la fe –vía iluminativa– que la prepara para llegar a la última etapa de perfección interior: la vía unitiva. Estadio que no alcanza. Por ello, este misticismo es más un deseo que un logro, pues no va más allá del ejercicio ascético. De ahí la frustración: como sucede en la mayoría de los episodios donde expone sus encuentros íntimos equiparándolos con la pasión de Jesús, no llegará al éxtasis total, a la plenitud que persigue.

A partir de *Rodillas de extraños*, en toda la poesía erótica subyace una aspiración espiritual, pues así se lo propone Jristianópulos al convertir una pulsión sexual en acto voluntario de entrega a Dios y de redención.

La pasión, en su poesía, tiene el doble sentido de padecimiento y de lujuria. Se ofrece en sacrificio para expiar sus pecados, pero también siente placer en la mortificación. Pero ¿es una estrategia para justificar su parafilia o realmente la utiliza para alcanzar la beatitud? A simple vista, parece una inteligente manera de transformar el vicio en virtud. De ahí que tal sacrificio sea doblemente placentero, pues satisface dos deseos: el carnal y el espiritual; objetivo que, sin embargo, no alcanza totalmente por los remordimientos derivados de su conciencia pecadora, de la que no consigue librarse, y por la incapacidad para llegar a la plenitud.

También en el *Diario del ladrón* es relevante el componente religioso que guarda ciertas semejanzas con las ideas de Jristianópulos: como Jesús, Genet quiere probar todos los pecados; aspira a una santidad de la abyección; se equipara a Cristo y se comunica con Dios; emprende su propia ascesis; hace penitencia y, como creyente, se atreve al sacrilegio. Incluso se purifica por medio del sexo e identifica la religión con su particular concepción del amor.

Centrándonos, por último, en las coincidencias que en este aspecto presentan las obras de nuestros poetas, se pueden destacar las siguientes: creyentes ambos, son sabedores del pecado de su homosexualidad, pero también de los poderes sanadores de la confesión; incapaces de dominar su inclinación sexual, buscan la redención revistiéndola de significado religioso: Bernier transforma su efebofilia en goce de la pureza y Jristianópulos convierte el placer masoquista en sacrificio. Por ello y a pesar de los padecimientos espirituales que experimentan, el cristianismo –gracias a la confesión y a la lectura particular que hacen de la práctica de su fe–, no deja de ser tabla de salvación para ambos. Junto al sexo, la religión fue consuelo frente a la moral represiva que las mismas iglesias fomentaban; refugio contra el impacto que las guerras supusieron en sus vidas (civil para Bernier, mundial y civil para Jristianópulos); y alivio para la infancia desdichada y la estrechez económica que sufrió Jristianópulos.

7. Conclusiones

Aunque el carácter confesional de estas obras persigue la atenuación de inquietudes psicológicas, responde en cada caso a motivos diferentes: a Bernier, el *Diario* le sirve para fortalecer su decisión de asumir su homosexualidad, comprenderse, desahogarse y consolarse ante la hostilidad exterior. Para Jristianópulos, es el componente religioso el que predomina en su decisión de confesar para aspirar a la redención. Ambos se defienden así contra una soledad provocada por factores distintos: en Bernier, la represión y el clasismo; en Jristianópulos, la singularidad de su parafilia y su insatisfacción. Son respuestas disímiles a idéntico problema: el choque con la moral imperante de sensibilidades que la heteronormatividad rechazaba. Perseguían también el respeto –presente (Jristianópulos) o futuro (Bernier)– de la sociedad, a pesar de que ellos mismos consideraran pecaminosa su sexualidad y la enmascararan como búsqueda de pureza (la efebofilia) o como penitencia (el masoquismo).

Mientras Bernier –durante los años de redacción del *Diario*– mantiene en secreto su homosexualidad, Jristianópulos la hace pública desde el principio. Este hecho repercute en sus obras y en sus actitudes ante el ambiente represor: frente al secretismo y la homofobia del español, la revelación y el compromiso *queer* del griego, en línea con las posturas de Gide o Genet. De ahí también que Bernier sea incapaz de concebir el amor entre varones y que Jristianópulos se muestre receptivo a ese amor y disfrute de él en varias ocasiones.

Las contradicciones que he ido señalando en la vida y la obra de Bernier y Jristianópulos, tienen su paralelismo en las de Gide y Genet, escritores del siglo XX también homosexuales. Los une a todos una parecida inclinación hacia los extremos, quieren juntar los polos contrarios del bien y el mal –a la vez opuestos y complementarios– haciéndolos reunirse en esos extremos; todos tratan de transmutar el padecimiento en gozo, lo negativo en positivo; buscan la manera de darle la vuelta a una situación desesperada, vencer la falta por medio del placer; y cultivan una estética que hace brotar la belleza de la marginalidad o la depravación.

Con matices en cada caso, estos creadores tratan de resolver el principal conflicto que se les presenta: el del enfrentamiento entre su homosexualidad y la moral vigente. Todos, velada o abiertamente, se confiesan a través de sus obras, verbalizan sus contradicciones con el fin de superarlas y comprenderse, admiten y defienden su especificidad y –al ensalzar lo despreciado, lo desprestigiado, lo censurado– se rebelan contra esa moral que abomina de ellos y abren paso a otra nueva más abierta. Además de excelentes y rompedoras obras literarias, suponen, en fin, un estímulo para la libertad, la dignidad y la conquista de derechos de minorías sexuales aún hoy marginadas y condenadas en muchos países.

8. Referencias citadas

Bernier, J. (2011a). *Diario (1918-1947)* (J. A. Bernier Blanco, Ed.). Pre-Textos.

Bernier, J. (2011b). *Poesía completa* (D. García Florindo, Ed.). Pre-Textos.

Bernier Blanco, J. A. (2011). Prólogo. En J. Bernier, *Diario (1918-1947)* (pp. 9-17). Pre-Textos.

Bernier Blanco, J. A. (2016). Juan Bernier: sujeto lector. *Impossibilia: Revista Internacional de Estudios Literarios*, (12), 80-113.

- Carnero, G. (1976). *El grupo «Cántico» de Córdoba. Un episodio clave de la historia de la poesía española de posguerra*. Editora Nacional.
- Carnero, G. (2009). *El grupo «Cántico» de Córdoba. Un episodio clave de la historia de la poesía española de posguerra* (2.ª ed. actualizada y aumentada). Visor Libros.
- García Baena, P. (1998). *Poesía completa (1940-1997)*. Visor.
- García Florindo, D. (2024). *Juan Bernier o la rama desprendida*. Centro Cultural Generación del 27.
- Genet, J. (1983). *Diario del ladrón* (J. Urrutia, Intro.). Seix Barral.
- Gide, A. (1971). *Corydon* (G. Marañón, Pról.). Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1924)
- González, M. (2023). Introducción y notas a *Maneras de demorar la noche*. *Poesía completa* de D. Jristianópulos. Prokomun Libros.
- González, M. (2024). El sexo: pan, agua y alimento del cuerpo y del espíritu en la obra de Dinos Jristianópulos. *Erytheia: Revista de Estudios Bizantinos y Neogriegos*, 45, 269-297.
- Jristianópulos, D. (2023). *Maneras de demorar la noche*. *Poesía completa* (M. González Rincón, Ed. y Trad.). Prokomun Libros.
- Koestenbaum, W. (2014). *Humillación*. Océano.
- Marañón, G. (1971). Prólogo. En A. Gide, *Corydon* (pp. xx-xx). Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1929)
- Millot, C. (1996). *Gide Genet Mishima: Intelligence de la perversion*. Gallimard.
- Ramos, J. A. (2018). Los armarios del primer franquismo: el *Diario* del poeta Juan Bernier. *Revista Atlántida*, (9), 129-155. <https://doi.org/10.25145/j.atlantid.2018.09.007>
- Ramos, J. A. (2024). Imaginarios efébicos frente a la vergüenza: Gide en los diarios de Ricardo Molina y Juan Bernier. *Anclajes*, 28(1), 31-47. <https://doi.org/10.19137/anclajes-2024-2813>
- Villena, L. A. de (Ed.). (2007). *El fervor y la melancolía: Los poetas de «Cántico» y su trayectoria*. Fundación José Manuel Lara.
- Zambrano, M. (1995). *La confesión: género literario* (3.ª ed.). Ediciones Siruela. (Obra original publicada en 1965).